

Que estúpida le increpa la ignorancia.
De la nación la dignidad sostiene,
Que el ítalo falaz burlar quería,
Y es otro crimen su constancia noble.
Tienta ilustrado que recobre el César
La parte del poder, que en siglos rudos
De densas nieblas le robó insidiosa
Extraña mano, á su interés atenta;
Tientalo sólo, y la calumnia clama
«Impiedad, impiedad», con grito horrible,
¡Oh alevé voz! ¡Oh pérfida calumnia!
¡Qué es esto, santo Dios? ¡jamás ni un paso
Podrá darse hácia el bien, sin que un delito
Sea en los ecos de su lengua infame!
¡Serán la luz y la virtud opuestas?
El que trabaja y se desvela, y ansia
El bien, recto en sus obras, delincuente
En sus pasos será? Yo en mi haneza,
En mi simple bondad, en el olvido
De mi oscuro rincón, ¡también gimiendo,
Y herido y acosado, y hasta el trono
Alzando su clamor la negra envidia?
¡Qué es esto, justo Dios? ¡Dónde, indignado,
Los hijos llevas de tu amada España?
¡Qué horrible abismo ante los pies les abres?
¡Por qué destierras de sus nobles pechos
La amistad, la virtud? ¡por qué enemigos
Los haces, y arman sus honrados brazos
En mutua destrucción? Mi ruego humilde
Fué atendido, señor; ante mis ojos
Un resplandor desde el excelso cielo
Parecióme bañar mi humilde estancia,
El aire rutilar más claro y puro,
Y una divina voz que, poderosa,
«Sigue, clamó, no temas; sigue y lidia;
Que el día llega de la luz; la patria
Mira á lo lejos hácia tí las manos
Tender, y el lauro, plácida, ofrecerte.
Tiempo será que tu inocencia brille
Pura así como el sol: que tus anhelos,
A término felice al fin llevados,
La ansiada gloria de tu patria vean,
Y de las ciencias el augusto imperio,
Derrocado el error al reino oscuro.»
Yo, embebecido en la visión divina,
Alcé los ojos, que hasta allí caídos
El dolor y las lágrimas tuvieron,
Y os vi, señor, con plácida sonrisa
Oír mis voces y alentar mis penas;
Bien como cuando de la vil calumnia
Quejándome ante vos, en vuestro seno,
De bondad lleno y de indulgencia afable,
Depositaba mis dolientes ansias.
Tal os viera, señor; así de entonces
Tranquilo aliento, y su clamor insano
Alzará contra mí la envidia en vano.

EPÍSTOLA XII.

BATILO Á SU AMADO JOVINO (1).

Deja el misero llanto y largos ayes
Y blando suspirar á las mujeres,
Y aunque de tierno pecho, no desmayes,
Ni así con encontrados pareceres
Revuelvas en la mente acongojada,
Bétis, su alegre orilla y sus placeres.
La memoria continuo porfiada
Nos presenta las cosas que ya fueron,
Y cuanto más nos duele, más se agrada;
Mas tú, señor, á quien los dioses dieron
Con larga mano de sus claros dones,
A quien tan acabado en todo hicieron,
¡Arrastrarás los graves eslabones
Que el ignorante vulgo arrastrar suele,
Cerrado de Minerva á las razones?
Si Sevilla en el ánimo te duele,
De Madrid el bullicio regalado
La fiebre temple y tu dolor consuele.
Pero ¿de mis amigos separado?.....

(1) Inédita.

Puesto en el cabo estoy; ellos lo mismo
Te amarán que en el Bétis te han amado.
Este mi nuevo empleo es un abismo,
Y sus obligaciones contempladas
Son tantas, que no caben en guarismo.
Tener todas las horas ocupadas,
Ora en el tribunal, ora en juicio,
Y rondar en las noches más heladas;
Negarme á la piedad en perjuicio
De la santa justicia.... ¡duro encargo,
Pesada sujeción, gravoso oficio!
¡Pudiera hacer catálogo más largo
En contra de los bienes que en sí tiene,
Y comparar la data con el cargo;
Pero ahora tan largo no conviene
Los vuelos extender; quizá algún día....
Si con su ayuda Apolo me sostiene;
Mas no me negarás cuanta alegría
Un corazón resiente virtuoso
Por tener así lleno todo el día.
Del mismo trabajar sale gozoso,
Cuando el que en ocio vive, ó más bien muere,
Llega á hacerse á sí mismo fastidioso.
¡Oh venturoso el hombre que pudiere
Continuo trabajar! que á sus aldrabas
Ni el vicio tocará ni los placeres.
Tú en tus disgustos el afán te agravas,
Jamás su carga siente alegre el pecho,
Ni preso estás si la prisión alabas.
En la orilla del Bétis no te han hecho
Mil amigos sencillos y leales
Tu blando trato y tu inocente pecho?
Pues haránte en Madrid ora otros tales;
¡Quién tratarte podrá que no lo sea?
Y saldrás ganancioso de tus males.
Así mi fino amor te lo desea,
Hasta que en alto tribunal sentado
Con mis alegres ojos yo te vea,
Cual Jove, de los pueblos adorado.

EPÍSTOLA XIII.

Á JOVINO, EN SUS DIAS (2).

Hoy, pues, ¡oh gran Jovino! que tu día
Nos vuelve, con el año, el triste Enero,
Démole todo al gusto y la alegría.
Arrímese la toga, y el severo
Ejercicio del foro el paso ceda
Al canto de las Musas hisonjero.
Sobrado tiempo á los cuidados queda,
Ni siempre con su vuelta han de aquejarnos
Como aqueja á Ixion la triste rueda.
Tiempo ha de haber en que al descanso darnos
Podamos algún rato libremente,
Y en inocentes gustos recrearnos.
El espíritu humano no consiente
Que en continuos afanes lo ocupemos;
Que es muy estrecho, y la fatiga siente.
Así en ocio tranquilo celebremos
Con la pascua tus años, y un tal día
Con blanca piedrecuela lo notemos.
¡Oh si pudiera ser, con qué alegría
Y en cuán sencilla fe lo festejara
A tu lado, señor, la amistad mía!
Como el dulce Mireo (3) sazónara
El tiempo con Trudina y sus amores,
Aunque Delio (4) severo lo notara,
Yo detuviera el paso á mis dolores,
Y dándome su humor el buen Lico,
También vertiera alegre algunas flores.
Parece me esta vez que ya me veo
Con la copa en la mano; ¡oh, y cómo ceba
Con su color dorado mi desseo!
Delio cuando á los labios se la lleva,
La deja ya con gesto melindroso;
Dame acá, Delio, y déjame que beba;

(2) Inédita.

(3) Fray Miguel de Miras, amigo de Jovellanos, residente en Sevilla.

(4) Fray Diego Gonzalez.

Que enloquecer en día tan glorioso,
Antes que no á locura y desvario,
Yo me lo tengo como á caso honroso.
Luego el cáliz me diera un nuevo brío,
Y, aunque con voces trémulas, cantara
Tus loores, señor, el plectro mio.
¡Oh venturoso aquel á quien ampara
Apolo, y que benigno le concede
De Aganipe beber la linfa clara!
Que el tiempo entretener continuo puede,
Y el convite alegrar, sin que ninguno
Ni su voz huya ni sus cantos vede;
Y ¡ay del que de las Musas siendo alumno,
Ya cual cansado asnillo cede al peso
De un dédalo de leyes importuno!
Cada vez que esto pienso, pierdo el seso;
¡Oh dura esclavitud del albedrío
Llora cansado, y se lamenta preso!
Si yo tuviera tiempo y fuera mio,
Y el trato de ignorantes no me hiciera
Zonzo el entendimiento, el número frío,
Quizá á cantar de nuevo me encendiera,
Y el Tórmes con tu voz resonaria,
Cual un tiempo del Ebro la ribera,
Cuando el otro las fieras conmovía
Y las peñas y chopos levantados
Al canto de la lira entretenía.
Que al mundo por los dioses fueron dados
Los números divinos porque hiciesen
Estos y otros milagros señalados;
Ni pienses tú, señor, que me encendiesen
Los que benigno inflama el alma Febo,
O que sus dulces voces me venciesen;
Que me diera amistad su blando cebo;
La sencilla amistad, porque cantara
Con sonora voz y aliento nuevo;
Luego, porque la voz mejor sonara,
El néctar jerezano al pecho diera
Calor, con que la musa se inflamara;
Y algo también de Ciparis dijera
Por darse á conocer la ninfa mia,
Aunque el fuego apagado se encendiera.
Mas ¿dónde va á parar mi fantasía?
Detenerla no puedo; que enloquece
Sólo con la memoria de un tal día.
Pues gózalo feliz, cual apetece
Mi fina voluntad, ya que á tu lado
Mi amor solemnizarlo no merece.
Diciembre y veinte y tres. — TU FIEL CRIADO,
(1776.)

ODAS FILOSÓFICAS Y SAGRADAS.

ODA PRIMERA (1).

RESPUESTA Á LA Vida de Jovino POR EL ZAGAL Batilo, CON ALGUNA NOTICIA DE LA SUYA.

La historia de Jovino,
Y el aurífero verso tan sonoro,
Que Anacreon divino

(1) Inédita. Esta oda es contestación á la *Historia de Jovino*, idilio de Jovellanos, impreso en la página 6 del tomo XLVI de la presente BIBLIOTECA. La oda fué enviada á Jovellanos, que se hallaba de oidor en Sevilla, con la siguiente carta, la primera que, sin conocerle, le escribió MELENDEZ. Tenía éste á la sazón 22 años.

Salamanca, 30 de Marzo de 1776.
Muy señor mio y de toda mi veneración: Si las musas salmantinas no tuvieran una justa vergüenza de parecer ante las hispalenses, yo osaría remitir á V. S. alguna composición ménos imperfecta que las que produce este desapacible terreno antes de la venida de *Dalmiro* (Cádiz). Este ingenio, á todas luces grande, me animó á la poesía, y á él debo el tal cual gusto que tengo en ella; y sería en mi una culpable deslealtad no pagar con algún elogio á quien le alaba tanto como V. S., y merece ser alabado tan dignamente. La majestad, la pureza del estilo, el entusiasmo, la armonía, y todo lo demás que compone la buena poesía, y se halla tan bien en el idilio *Vida de Jovino*, me hizo desde luego formar un gran concepto del autor y de su delicado gusto: el padre prior de este convento de Agustinos

Justamente envidiara, canta agora,
Humilde musa, si con plectro de oro
Te favorece Apolo. Empresa tanta
No tu vuelo acobarde, que deudora
Le eres de esos loores,
Pues él en muy mayores
El nombre ilustre de Dalmiro canta.
El nombre de Dalmiro,
A quien tú debes que el ardor timbreo
En humilde retiro
Te tocase benigno; y la corriente
Del diáfano Famiro con desseo
Bebida, ¡oh gran Jovino! y tú no agora
Me desdénas cantando, mas consiente
Que por mí sea llevado
Con vuelo arrebatado
Del crucero polar hasta la aurora;
Y á mí Thémis severa
También plugo mandarme con ley dura;
Mas feliz si pudiera
En el hondo del pecho áun ser tocado
Del apolíneo ardor.... ¡Ay, tal ventura
Guardárase á tí solo! y nunca, ingrata
La diosa á tu querer, fuéte acordado
Cantar en digno empleo
A Delio y á Mireo,
Con grandilocuo verso, que arrebató
El ánimo; y no en vano
Minerva te llamó do el claro Henares
Corre, en cabellos cano
(De la gran Maderit, que en rauda giro
Plácido lame el sacro Manzanares
No lejos), y la diosa allí asentada
Preside en alto sòlio; del retiro
Se huyó de esta ribera....
¡Ay cuán culta antes era!
Por cien bárbaras lenguas baldonada.
Por tanto á tí fué dado (2),
Con cítara que envidia el tracio Orfeo,
El humilde cayado
Y las gracias de Theyo y de Thalia.
Melpomene al coturno Sofocleo
Te levantó despues, y al régio ornato.
¡Guay, pensábase necio yo algún día!
Pero ya sólo amores
Canto humilde entre flores,
Y tiemblo del escénico aparato.
Mas no fué dado á todos
La máscara falaz ó el siervo astuto,
Ni el que con altos modos
Ornasen la virtud ó el escarmiento
De negras tocas y sangriento luto;
Que supera la empresa los deseos.
Tú sí, cual la Dircea al firmamento
Ave audaz se levanta,
Bastas á empresa tanta,
Descendido de claros semideos.
De semideos claros,
Do va el violento Pilas defendiendo
Los que un tiempo reparos
Fueron del moro audaz; pero ¡oh memoria!
No vayas tantas cosas recorriendo,
Que exceden tu poder, y áun el de todos,
Y yo también, señor, ¡oh grande gloria!

(Fray Diego Gonzalez), que me favorece con su amistad, y á quien debí el gusto de verlo, me lo adelantó con las noticias de V. S. y de sus amables calidades; y esto, junto al amor que profeso á este bello ramo de la literatura, y á los que lo cultivan felizmente, me hizo emprender la canción (oda) que dirigió á V. S. Bien conozco su corto mérito y cuánto le falta para el grado de perfección á que llega el idilio; pero la recomendación del buen afecto de su autor, si no basta del todo á disculparla, podrá hacer tolerables los defectos de méno bulbo, y la osadía con que se ha atrevido á molestar á V. S. Sirvase V. S. ponerle en el número de sus apasionados; y, si sus graves ocupaciones se lo permiten, mantener alguna correspondencia con las musas salmantinas y hacerlas partícipes de algunas producciones. Estas lo desean con ansia, y lo tendrán á singular favor, y yo el que V. S. me cuente entre sus más afectos, y me mande en cosas de su gusto. — Besa las manos de V. S. su más apasionado servidor, JUAN MELENDEZ VALDÉS.

(Papeles autógrafos de las colecciones de los señores don Martín Fernandez de Navarrete y Marqués de Pidal.)

(2) La gramática pide fueron dados.

Aunque en no digna esfera,
Si en mí no degenera,
Algo debo á la sangre de los godos.
Batilo me llamaron,
De Balto, grande nombre, y deliciosas
Las ninfas me criaron
Do el ancho Guadiana sonoro
Se despeña hácia el mar con espumosas
Ondas, y á Maderit fuera llevado;
En la pueril edad osé amoroso
Cantar allí á Filena;
Después ¡oh grande pena!
Vine á este suelo tosco ¡ay! desterrado.
Feliz la hermosura,
Que en lampo de belleza irresistible
Cuanto tuvo natura
Con tu amor, ¡gran Jovino! le fué dado.
Ni la madre de Lino vió asequible
Tal prez, ni Caliope tan subido
Cantar oyó jamas cuando el dorado
Plectro Febo trinaba,
Y á Olimpo la ensalzaba,
De su belleza y de su amor perdido.
Del hidaspé Niseo
Tu nombre en raudos vuelos á la Sonora
Intacta llevar veo,
Anarda, y tu valor, ¡oh gran ventura!
Y al lucifero reino de la aurora,
Merced al verso aonio, y al divino
Saber que cautivó tu hermosura;
Pero ¡oh en belleza rara!
No ocupes, siempre avara,
El sonoro cantar del gran Jovino;
Mas da á su nimen sacro
Responder el humilde que me inflama.
No ofende al simulacro
Quien no siempre quemando odor sabco,
Le adora humilde, y si en sonante llama
Arde su corazón, ¡oh excelsa gloria!
¡Qué más podrá bastar á tu deseo!
Deja, deja entre tanto
Al gran varon que canto,
Responder del amigo á la memoria.
Descenderá del cielo
La sagrada amistad en carro de oro;
¡Oh celestial consuelo!
Y unirán las palmas con divino
Vínculo; de virtudes largo coro
Henchirá nuestros pechos, y en *Mireo*,
Y en *Batilo*, y en *Delio* con *Jovino*,
Veránse ahora en su templo,
Con nuevo y digno ejemplo,
Cástor y Pólux, Piritóo y Tesco.

ODA II.

EL INVIERNO ES EL TIEMPO DE LA MEDITACION.

Salud, lúgubres días; horrorosos
Aquilones, salud. El triste invierno,
En ceñudo semblante
Y entre velos nublosos,
Ya el mundo rinde á su áspero gobierno
Con mano asoladora: el sol radiante
Del hielo penetrante
Huye, que embarga con su punta aguda
A mis nervios la acción, mientras la tierra
Yerta enmudece, y déjala desnuda
Del fiero alado la implacable guerra.
Falsos deseos, júbilos mentidos,
Léjos, léjos de mí: cansada el alma
De ansiaros días tantos,
Entre dolor perdidos,
Halló al cabo feliz su dulce calma.
A la penada queja y largos llantos
Los olvidados cantos
Suceden, y la mente, que no via
Sino sueños fantásticos, ahincada
Corre á tí, oh celestial filosofía,
Y en el retiro y soledad se agrada.
¡Ah! ¡Cómo en paz, ya rotas las cadenas,
De mi estancia solícito contemplo

Los míseros mortales,
Y sus gozos y penas!
Quién trepa, insano, de la gloria al templo,
Quién guarda en su tesoro eternos males;
Con ansias infernales
Quién ve á su hermano y su felice suerte,
Y entre péfidos brazos le acaricia;
O en el lazo fatal cae de la muerte,
Que en doble faz le tiende la malicia.

Pocos, sí, pocos, oh virtud gloriosa,
Siguen la áspera senda que á la cumbre
De tu alto templo guía.
Siempre la faz llorosa,
Y el alma en congojosa pesadumbre,
Ciegos hollar con misera porfia
Queremos la ancha via
Del engaño falaz: allí anhelamos
Hallar el alma bien á que nacemos,
Y al ver que espinas solas abrazamos,
En inútiles quejas nos perdemos.

El tiempo, en tanto, en vuelo arrebatado,
Sobre nuestras cabezas precipita
Los años, y de nieve
Su cabello dorado
Cubre implacable, y el vigor marchita
Con que á brillar un día la flor breve
De juventud se atreve.
La muerte en pos, la muerte en su ominoso
Fúnebre manto la vejez helada
Envuelve, y al sepulcro pavoroso
Se despeña con ella despiadada.

Así el hombre infeliz, que en loco anhelo
Rey de la tierra se creyó, fenecer:
En un fugaz instante,
El que el inmenso cielo
Cruzó en alas de fuego, desaparece
Cual relámpago súbito, brillante,
Que al triste caminante
Deslumbra á un tiempo, y en tinieblas deja.
Un día, un hora, un punto que ha atentado
Del raudal de la vida, ya se aleja,
Y corre hácia la nada, arrebatado.

Mas ¡qué mucho, si en torno de esta nada
Todos los seres giran! Todos nacen
Para morir; un día
De existencia prestada
Duran, y á otros ya lugar les hacen.
Sigue al sol rubio la tiniebla fria;
En pos la lozania
De genial primavera el inflamado
Julio, asolando sus divinas flores,
Y al rico Octubre, de nvas coronado,
Tus vientos, oh Diciembre, bramadores,
Que despeñados con rabiosa saña,

En silbo horrible derrocar intentan
De su asiento inmutable
La enriscada montaña,
Y entre sus robles su furor ostentan.
Gime el desnudo bosque al implacable
Choque, y vuelve espantable
El eco triste el desigual estruendo,
Dudando el alma, de congojas llena,
Tanto desastre y confusion sintiendo,
Si el dios del mal el mundo desordena;

Porque todo fallece, y desolado,
Sin vida ni acción yace. Aquel hojoso
Arbol, que ántes al cielo,
De verdor coronado,
Se elevaba en pirámide pomposo,
Hoy ve aterido en lastimado duelo
Sus galas por el suelo.
Las fértiles llanuras, de doradas
Mieses ántes cubiertas, desaparecen,
En abismos de lluvias inundadas,
Con que soberbios los torrentes crecen.

Los animales tímidos, huyendo,
Buscan las hondas grutas: yace el mundo
En silencio medroso,
Y con chillido horrendo
Sólo algún ave fúnebre el profundo
Duelo interrumpe y eternal reposo,
El cielo que lumbroso

Estática la mente entretenia,
Entre importunas nieblas encerrado,
Niega su albor al desmayado día,
De nubes en la noche empavesado.
¡Qué es esto, santo Dios! ¡Tu protectora
Diestra apartas del orbe, ó su ruina
Anticipar intentas!
¡La raza pecadora
Agotar pudo tu bondad divina!
¡Así solo apiadado la amedrentas,
O tu poder ostentas
A su azorada vista, tú, que puedes
A los astros sin fin que el cielo giran,
Por su nombre llamar, y al sol concedes
Su trono de oro, si ellos se retiran.

Mas no, padre solícito; yo admiro
Tu infinita bondad; de este desórden
De la naturaleza,
Del alternado giro
Del tiempo volador nacer el órden
Haces del universo y la belleza.
De tu saber la alteza
Lo quiso así mandar; siempre florido,
No á sus seres sin número daría
Sustento el suelo; en nieves sumergido,
La vital llama al fin se apagaría.

Esta costante variedad sustenta
Tu gran obra, Señor, la lluvia, el hielo,
El ardor congojoso
Con que el Can desalienta
La tierra, del favonio el suave vuelo,
Y del trueno el estruendo pavoroso,
De un modo portentoso
Todos al bien concurren; tú has podido
Sabio acordarlos, y en vigor perenne,
De implacables contrarios combatido,
Eterno empero el orbe se mantiene.

Tú, tú á ordenar bastaste que el ligero
Viento que hierre, horrisono volando,
Mi tranquila morada,
Y el undoso aguacero
Que baja entre él, las tierras anegando,
Al Julio adornen de su mies dorada.
Así su saña airada
Grato el oído atiende y en sublime
Meditacion el ánimo embebido,
A par que el huracan fragoso gime,
Se inunda el pecho en gozo más cumplido.

Tu rayo, celestial filosofía,
Me alumbra en el abismo misterioso
De maravilla tanta:
Muéstrame la armonia
De este gran todo, y su órden milagroso,
Y plácido en tus alas me levanta
Do estática se encanta
La inquieta vista en el inmenso cielo:
Allí, en su luz clarísima embriagado,
Hallaré el bien que en el lloroso suelo
Busqué, ciego, de sombras fascinado.

ODA III.

Á UN LUCERO.

¡Con qué placer te contemplo,
Desde mi estancia tranquila,
Oh hermosísimo lucero,
Que sobre mi frente brillas!
¡Cómo en tu animada lumbre
Parece que de ti en vis
Incesante mil centellas
Con que más y más te avivas!
¡Cómo en la lóbrega noche
Con dulce violencia fijas
En tí extáticos los ojos,
Y con tu fulgor me hechizas!
Arde, pues, arde, y vistoso
Haz mi inocente delicia,
Ejercicio de la mente
Y ocupacion de la vista.
Arde, y con tus alas de oro,
En incansable fatiga,

Cruza, ántes que el alba asome,
Esa bóveda infinita.
Arde, y entre tantos miles
En que atónito vacila
El espíritu, y por ella
En rápido vuelo giran,
Galan descuella, y preside
Por tu beldad peregrina,
Cual los astros señora
El sol en mitad del día.

¡Oh! ¡Con qué inexhaustos fuegos
Brillan todos! ¡Cuánto es rica
La vena de luz que ceba
Sus llamas y los anima!
¡Por qué enmarañados rumbos,
Y en órbitas cuán distintas
Hacen sus largos caminos,
Van, vuelven, nacen, se eclipsan!
Pero sin jamas tocarse,
Siempre en acorde medida
Desde que fué el tiempo, siempre
Llevando las mismas vias.

Los sabios, que desde entónces
Con solicitud prolija
Los contemplan, embriagados
En su belleza divina,
Como el celebrado Atlante,
Que la fábula nos pinta,
Con sus hombros sustentando
Las esferas cristalinas,
Así en ellos, siempre fijos,
Llegaron con atrevida
Profunda mente á alcanzarlos
En la inmensidad do huian;
Marcándoles con el dedo
¡Oh pasmo! las sendas mismas
Que alumbran, desde que el soplo
Les dió del Eterno vida.

Entónces al Can dijeron:
«Tú serás quien la agonía
Del estío al mundo agrave,
Y al seco Agosto presida.

»Y tú, al lucero del alba,
Quien amante al sol persiga,
Ya á la tierra en faz riente
Anunciando su venida.

»O bien, héspero radiante,
Si él laso al mar se retira,
Tornad, clamando á los astros,
Que ya las sombras dominan.
»Tú, Orion tempestuoso,
Quien las rápidas corridas
De los animosos vientos
Y del mar muevas las iras.

»Y vos, plácidos hermanos (1),
Cual la aurora matutina
La delicia es de los cielos
Y del campo fausta risa,

»Seréis los que las amainen,
Y en paz cureis que adormidas,
De asustar dejen la tierra,
Y amenazaros impías.»

Los de las plagas coas,
Los que el polo cerca mira,
Y los que la lente apenas
Por altísimos divisa,
Todos estudiados fueron;
Y sus órbitas descritas,
Y señalados los puntos
En que ascienden ó declinan.
¡Oh inconcebible delirio!
Súbito la esfera henchida
De dioses, que allí forjara
La ignorancia ó la mentira,
Adoró el hombre á una estrella,
Fué de un cometa maligna
La llama, y tembló su suerte
La tierra en el cielo escrita.
Luégo, á un ángel semejante,
Sentó un mortal (2) en su silla,

(1) Cástor y Pólux.

(2) Copérnico.

Inmóvil al sol, que en torno
Rodar sus planetas mira;
Y ya en verdad rey del cielo,
Vió cabe sus piés rendidas
Acatarle mil estrellas,
Que su fausta luz mendigan.
Empero el divino Newton,
Newton fué quien á las cimas
Alzándose del empyreo,
Do el gran Sér más alto habita,
De El mismo aprendió felice
La admirable ley que liga
Al universo, sus fuerzas
En nudo eterno equilibra,
Y hace en el éter inmenso,
Do sol tanto precipita,
Que, pugnando siempre huirlo,
Siempre un rumbo mismo sigan.
Los ángeles se pasmaron
De que humanal osadía
Llegase do ellos apénas
Con arduo afán se subliman,
Y el inapeable coro
De estrellas, cuya benigna
Fulgida llama en su duelo
Agracia á la noche umbría,
Ya descifrado á los hombres,
De beldad más peregrina
Fué á sus ojos, que en pos de ellas
En su etéreo albor se abisman.
¡Oh, si con iguales alas
Al ánsia en que ora se agita,
Sobre vosotras lograrse
Alzarse mi mente altiva!
¡Con qué indecible embeleso
En vuestra luz embebida,
La sed en que se consume
Saciarse feliz lograria!
¡Cuál es vuestro sér? ¡En dónde
Arde la inexhausta mina
Que os inflama? ¡Qué es un fuego
Que los siglos no amortiguan?
¡Sois los soles de otras tierras,
Do en más placida armonía
Que aquí, sus débiles hijos
Viven sin odios ni envidias?
¡Por qué en tan distintos rumbos
Todas giráis? ¡Por qué, unidas
Como un ejército inmenso,
No formáis sola una línea?
¡Por qué...? La mente se ahoga,
Y á par que atónita admira,
Mas y más que admirar halla,
Y más cuanto más medita.
¡Pero mi lucero hermoso
Dónde está? ¡De su encendida
Vivaz llama que se hiciera?
¡Quién ¡ay! de mi amor me priva?
Mientras yo el feudo á sol tanto
De admiración le rendía,
De sus celestiales huellas
Toda el alma suspendida,
El se hundió en las negras sombras,
Y fué á brillar á otros climas,
Hasta que, en su manto envuelto,
Lo torne la noche amiga.
Así las dichas del mundo,
Leve un soplo las mancilla,
O sombra fugaz volaron,
Crédulos corriendo á asirlas.

ODA IV.

LA PRESENCIA DE DIOS.

Doquiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí ¡gran Dios! presente
Atónito mi espíritu te sienta.
Allí estás, y llenando
La inmensa creación, so el alto empyreo,
Velado en luz, te asientas

Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas,
La humilde hierbecilla
Que huella, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta;
El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima,
Del cielo ardiendo el universo anima,
Me claman que en la llama
Brillas del sol, que sobre el rauda viento
Con ala voladora
Cruzas del Occidente hasta la aurora,
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su elevada cima:
La hierbecilla crece
Por tu soplo vivifico, y florece.
Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y más; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla oscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana;
Y cuando primavera
Desciende al ancho mundo, afable ríes
Entre sus gayas flores,
Y te aspiras en sus placidos olores.
Y cuando el inflamado
Sirio más arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entonces al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás, y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
«En este misterioso
Silencio mora; adórale humilde.»
Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar, los vientos llamas,
Y á su saña lo entregas,
O, si te place, su furor sosiegas.
Por doquiera infinito
Te encuentro, y siento en el florido prado,
Y en el luciente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo;
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora,
Y del ángel puro que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El placido balido,
Y del león el horrído rugido;
Y á todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes
Y por siempre presente;
¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.
Oyele blando, y mira
Mi deleznable sér: dignos mis pasos
De tu presencia sean,
Y doquier tu deidad mis ojos vean.
Híneche el corazón mio
De un ardor celestial, que á cuanto existe
Como tú se derrame,
Y ¡oh Dios de amor! en tu universo te ame.
Todos tus hijos somos;
El tártaro, el lapón, el indio rudo,
El tostado africano
Es un hombre, es tu imágen y es mi hermano.

ODA V.

Á LA VERDAD.

Vén, mueve el labio mio,
Angélica verdad, prole dichosa
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
Mi espíritu ilumina;

Huya el error impío,
Huya á tu voz divina,
Cual se despeña la tiniebla oscura
Del albo día ante la llama pura.
No desdenes mi ruego,
Que hasta aquí siempre cariñosa oíste,
Tú, que mi núnem soberano fuiste
Y encanto delicioso,
Que deslumbrado y ciego,
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha vía,
El mortal triste á quien tu luz no guía;
Mas aquí que clemente
Miras con blanda faz, en su belleza
Absorto, alzarse á tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo;
Y hollando osadamente
Cuanto el misero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusión ríe y tu deidad adora.
Tu deidad, que tremenda
La mente turba del feroz tirano,
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Despavorida atiende
Su oreja entre el lucido
Del infeliz opreso,
Aliviando oficiosa
El rudo indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta,
Que á Dios su ánimo libre se levanta.
Vén, pues, ¡oh deidad bella!
Fácil descende del excelso cielo,
Do te acogiste, abandonando el suelo,
Con vicios mil manchado,
Y cual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal; tu luz su espíritu ilumine,
Y el orbe entero á tu fulgor se incline.
Yo, en tu gloria embebido,
Siempre te aclamaré con frente osada,
Y á tu culto la lengua consagrada,
En mi constante seno
Un templo te he erigido,
Do, de tu núnem lleno,
Te adoro, alma verdad, libre, si osenro,
Mas de vil miedo y de ambición seguro.
Por tí cuanto en su inestable
Inmensidad el universo ostenta,
O el Altísimo en gloria se presenta,
Como posible existe,
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste
A cuya norma celestial redujo
Cuanto despues su infinidad produjo.
Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido, inconstante,
Mientras se pierde el orbe en incesante
Deleznable ruina,
Por tí propia existiendo
Ante tu luz divina,
Al sistema falaz el velo alzado,
Y al error ves cual niebla disipado,
Y centro irresistible
Del humanal deseo, cuanto hallára
Sagaz en la ancha tierra y en la clara
Region del alto cielo
Su teson invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe ¡oh pura luz! con que la mente
Te busca inquieta y tus encantos siente.
En ellos embebido,
Á Siracusa el griego, á saco entrada,
No ve, y herido de la atroz espada,
Da su vida gloriosa;
Y el gran Newton, subido
A la mansion lumbrosa,

Cual genio alado tras los astros vuela,
Y al mundo absorto la atracción revela.
¡Oh augusta firme amiga
De la excelsa virtud! Tú al sabio oscuro,
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga;
Sus venerandas sienas
De inmortal lauro ciñes, y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria;
O si el triste nublado
De la persecución horrída truena,
Tú le confortas, y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra sí embravecido,
O á la infame venganza, que maquina
En las tinieblas su fatal ruina.
Así en placida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y entregarse
A sus perseguidores;
Que la copa, inclemente,
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicuta convertiste.
Mártir el generoso
De tu excelsa deidad, así decía,
El tósigo mirando: «Vendrá un día
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso,
Y la verdad se vea,
Con el gran Dios, de todos acatada,
La vil superstición por tierra hollada.
» Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su impio acero
Vi con diestra ominosa,
A morir me dispuse
En la empresa gloriosa;
Dócil, mas firme abrazo las cadenas
Con que hoy me oprime la engañada Aténas.
» Si Anito me persigue,
Le perdono, y al crédulo Arcopago,
Y muriendo, á la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigne
Su prez, el cáliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impío,
Y ¡oh Sér eterno! en tu bondad confío.»
Así dijera el sabio,
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Fedon; Cébes y Crito
Con desmayado labio
Gimen; al vil Melito
Critóbulo maldice, ciego de ira,
Y él en los brazos de Platon espira,
Cual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores,
El sol resplandeciente;
En pálidos fulgores
Fallece el día, y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

ODA VI.

LA GLORIA DE LAS ARTES (1).

¡Adónde, incanto, desde el ancha vega
Del claro Tórnes, que con onda pura
Y paso sosegado
De Otea el valle fertiliza y riega,
Hoy el núnem procura
Su vuelo levantar? ¡De qué sagrado
Espíritu inflamado,

(1) Esta oda fué recitada en la junta pública que celebró la Real Academia de San Fernando, el día 14 de Julio de 1781, para la distribución de premios generales de Pintura, Escultura y Arquitectura.

Dejando ya á los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido
La gloria de las artes, sus primores,
Y de la patria el nombre esclarecido?
Cual el ave de Joye, que saliendo
Inexperta del nido, en la vacía
Region desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guía,
Y ora vaga atrevida, ora medrosa,
Ora más orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta,
Tronar siente á sus piés la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura.
Entonce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late;
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido;
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento,
Y en su heroico ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se pára
La baja tierra, y con acentos graves,
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves.
Yo así saliendo de mi humilde suelo
En día tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo y alzo el vuelo,
Do el afán generoso
Al premio corre y palma afortunada;
Palma que colocada
Al pié de la verdad y la belleza,
Quien, de divino genio conducido,
Consigue arrebatarla, á ser empieza
En fama claro, y libre ya de olvido;
Al modo que en la olimpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñía
Del inclito laurel, y su memoria
Eterna despues era.
Mas tú la voz y placida armonía,
Noble Academia, guía,
Mi verso al cielo cristalino alzando;
¡Felice yo si tu favor consigo,
Y el dulce plectro de marfil sonando,
Las Artes canto tras mi dulce-amigo! (1).
Desde estos lares, su palacio augusto,
Cual vivaz fenix renacer las veo
Del hondo y largo olvido
En que la Iberia con desden injusto
Vió un tiempo su alto empleo.
¡Oh nombre de Borbon esclarecido!
A ti fué concedido
Las artes restaurar; con tus favores
A nueva gloria y esplendor tornaron;
La fama resonó de tus loores,
Y los cisnes de Mantua las cantaron.
Ellas alegres, en union amiga,
La frente levantaron con ardiente
Afan, hasta enmbrarse
A la ideal belleza. A su fatiga
Cede el bronce obediente,
Y el mármol del cincel siente animarse;
Tus seres mejorarse,
¡Oh natural en el lienzo trasladados
El carmin puro de la fresca rosa,
Los matices del iris variados,
El triste lirio y la azucena hermosa.
¡Oh divina pintura, ilusion grata
De los ojos y el alma! De qué vena
Sacas el colorido,
Que al alba el velo cándido retrata,
Cuando asoma serena
Por el Oriente, en rayos encendido?
¡Cómo el cristal bruñido
Finges de la risueña fuentecilla,

(1) El señor don Gaspar Melchor de Jovellanos, académico de honor, que acababa de pronunciar una elocente oración sobre las artes.

De los alegres prados la verdura,
Tanta varia y fragante florecilla,
El rutilante sol, la nube oscura?
¡Cómo en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Seren y puro el cielo,
La sombra oscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,
La angusta noche y su estrellado velo,
Del ave el raudo vuelo,
El ambiente, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que á competir con la verdad se atreve,
Y el alma enajenada en ellos queda?
Tú, de la dulce poesía hermana,
Cual ella el pecho blandamente agitas,
Y en amoroso fuego
Con tu expresion y gracia soberana
Le enciendes ó le excitas
A tierna compasion, á rencor ciego,
A desmayado ruego
Y amargo lloro. ¡Oh Sanzio! ¡oh tu admirable
Pincel cual ha mi espíritu movido!
¡Oh, al contemplar tu Virgen adorable
En su extremo dolor (2), cuánto he gemido!
La dolorida Madre, arrodillada,
Piedad pide á los bárbaros sayones
Para el Hijo postrado,
Su rostro está cual la azucena ajada;
Sus humildes razones
Resuenan en mi oído. ¡Ay, cuán sagrado
Aspecto, aunque ultrajado,
El del Hijo de Dios! ¡Cuál la ternura
De Magdalena y Juan! ¡Cuál la fiera
Del que herirte, oh Jesús, brutal procura,
Y en tu celestial mano, ¡qué belleza!
¡Oh pinceles, oh alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡Oh bienhadada
Edad, en que hasta el cielo
En alas del ingenio la divina
Invencion se vió alzada,
Cuando su alma sublime el denso velo
Corrió con noble anhelo
De la naturaleza, y vió pasmado
El hombre ante su ojos, reverente,
El universo estar, y hermoscado
De su mano salir y angusta mente!
Admira ¡oh hombre! tu grandeza; admira
Tu espíritu creador, y á la estrellada
Mansion vuela seguro,
Donde tu aliento celestial suspira,
La mente allí inflamada
Cruza con presto giro del Arturo
A do tiene el sol puro
Su rutilante trono, y con brioso
Pincel, guiado de furor divino,
Copia el concento raudo y armonioso
Con que se vuelve el orbe cristalino.
Que no tú sola ¡oh música! el ruido
Finges del arroyuelo trasparente,
O imitas las undosas
Corrientes de la mar, ó el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.
No ménos pavorosas,
¡Oh fiero Julio! en tu batalla (3) siento
Crujir las roncadas armas y la fiera
Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.
¡Pues qué, si entre los vientos bramadores
Nave, de airadas olas combatida,
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma afligida;
Y si de Dios los cielos estremece
El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en són horrendo
Retumba por la nube pavorosa,

(2) El bellissimo cuadro de Rafael, llamado comunmente *El Parto de Sietta*, y con más propiedad *El extremo Dolor*.

(3) Célebre cuadro de la batalla de Majencio, dibujado por el gran Rafael, y pintado por Julio Romano, su discípulo.

De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresion medrosa.
Pero el mármol se anima, del agudo
Cincel herido, y á mis ojos veo
A Laocón (1), cercado
De silbadoras sierpes; en su crudo
Dolor escuchar creo
Los gemidos del pecho congojado,
Y el aspirar alzado.
Los hórridos dragones con fúndosos
Cercos le estrechan, y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela, y redimir la muerte.
¡Mira cómo, en su angustia, el sufrimiento
Los músculos abulta, y cuál violenta
Los nervios extendidos!
¡Cual sume el vientre el comprimido aliento
Y la ancha espalda aumenta!
Y en el cielo los ojos doloridos,
Por sus hijos queridos,
¡Ay, cuán tarde su auxilio está implorando!
En tan terrible afán, aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,
Cuál débil luz por entre niebla oscura.
Ellos, á él vueltos con la faz llorosa
Y débil gesto, al miserable llaman
En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñosa.
¡Oh cuán en vano claman!
¡Oh cómo el padre por los tristes siente!
¡Y cuál muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando,
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos agitando,
Los fuertes lazos sacudir quisiera!
Mientras en Apolo (2) la beldad divina
Se ve grata animar un cuerpo hermoso,
Do la flaqueza humana
Jamás cabida halló. Su peregrina
Forma, y el vigoroso
Talle en la flor de juventud lozana,
Su vista alta y ufana,
De noble orgullo y menosprecio llena,
El triunfo y el esfuerzo sobrehumano
Muestran del dios, que en actitud serena
Tiende la firme omnipotente mano.
Parece en la soberbia excelsa frente
Lleno de complacencia victoriosa
Y de dulce contento,
Cual si el coro de Musas blandamente
Le halagára; la hermosa
Nariz hinchada del altivo aliento;
Libre el pié en firme asiento,
Ostentando gallarda gentileza,
Y como que de vida se derrama
Un soplo celestial por su belleza,
Que alienta el mármol y su hielo inflama.
Ni el lugar merecido á tí ¡oh divina
Vénus! (3) tampoco faltará en mi canto.
¡Ay! ¡dó fuiste formada!
¡Quién ideó tu gracia peregrina!
Tu tierno y dulce encanto
El ánimo enajena en regalada
Suspension; tu delgada
Tez excede á la cándida azucena
Cuando acaba de abrir; tu cuello erguido
Al labrado marfil; la alta y serena
Frente al sol claro en el zénit subido.
¡Oh reina de las gracias, blanda diosa
De la paz y el contento, apasionada
Madre del niño alado!
Tus soberanos ojos de amorosa
Ternura, tu preciosa
Boca, do rie el beso delicado,
Tu donaire, tu agrado,
Tu suave expresion, tus formas bellas

(1) El grupo de Laocón, obra admirable del arte griego.

(2) El Apolo de Belvedere, la más sublime obra ideal que nos ha quedado de la antigüedad.

(3) La Vénus de Médicis, una de las más bellas y graciosas estatuas de la antigüedad.

Del suelo me enajenan, yo me olvido,
Y de cincel en tí no hallando huellas,
Absorto caigo ante tus piés rendido.
Tan divinos modelos noche y día
Contempla atenta, ¡oh juventud hispana!
Y el pecho así excitado,
La senda estrecha que á la gloria guía
Emprende alegre, ufana.
El genio creador vaya á tu lado;
Aquel que, al cielo alzado,
Huye lo popular, cual garza hermosa
Cuando del suelo rápida se aleja,
Al firmamento se levanta airosa,
Y el vulgo de las aves atrás deja.
¡Oh venturoso el que en las artes siente
Propicio al cielo, que al nacer le infunde
Su vivifica llama!
Dadme, Musas, guirnalda floreciente,
Que su frente circunde;
Mientras el pecho latándole se inflama
De noble ardor, exclama
Desvelado en su afán, no halla reposo
Al inquieto furor, teme, suspira,
De un nimen lleno, y con pincel fogoso
Odio, miedo, terror y amor me inspira.
Quizá algún jóven, al mirar la gloria
De tan augusto día, y de mi canto
Quizá también herido,
Se excita ya á la próxima victoria;
No la duda, y en llanto
Se baña de placer. ¡Oh esclarecido
Premio, muy más subido
Que el tesoro más rico! Quien mereco
Que tú le enjugues el sudor dichoso,
Immortal vuela por el orbe y crece
En cada edad con nombre más famoso.
Así Fídias, Lisipo, Apéles viven
En eterna memoria; así la rara
Fama de Zeuxis dura,
Y el grande Urbino y Micael reciben,
Cual ellos, honra clara;
Ni á tí ¡oh Velazquez! en tiniebla oscura
Sumió la muerte dura.
Sus huellas, noble juventud, sus huellas
Sigue, imítalos, insta, y denodada
Hiere con alta frente las estrellas,
En sus divinas obras inflamada.
Mas de las Musas y el crinado Apolo
Oye también la celestial doctrina,
Que á Fídias dió el modelo
El cantor frigio, del que el alto polo
Conturba, su divina
Frente moviendo, y estremece el suelo;
Y no en torpe desvelo
Al vicio el pincel des; la virtud santa,
Oh artistas, retratad, y difamado
El vicio huirá con vergonzosa planta,
Cual sombra triste al resplandor sagrado.
Y los que de la noble arquitectura
La ardua senda seguís, los cuidadosos
Ojos volved continuo
A la angusta grandeza y hermosura
De los restos preciosos
Que del griego poder y del latino
Guardar plugo al destino.
Allí estudiad la majestad suntuosa,
Sólida proporción, sencilla idea
Que á Herrera hicieron claro, y su dichosa
Edad de nuevo amanecer se vea.
Mas tú, en quien Carlos de la patria fia
La suerte y el honor, ¡oh esclarecido
Conde! escucha officioso
Lo que me inspira el cielo en este día.
Si de tí protegido
Sigue el genio español, si el lauro honroso,
En su afán generoso,
Galardon fuere que al artista anime,
Ni envidiaremos la *Piedad toscana* (4),

(4) Insigne grupo de María Santísima, con su Hijo difunto en los brazos, ejecutado por Miguel Ángel, príncipe de la escuela florentina.